

su propio rey, en el desconcierto y en el disgusto. La legión tan espléndida y de aire tan marcial que debía lanzarse á conquistar y redimir el mundo, saldrá de la Gruta de Belén cuando hayan transcurrido cuarenta días: pero el pueblo caído no tiene ojos para reconocer el esplendor celestial de aquella nueva táctica, que no obtiene triunfos sino en las profundidades de la humillación. El nuevo Macabeo no se asemeja á lo que les habían dicho las tradiciones nacionales.

A cualquiera parte donde volvamos la vista, hacia Roma, hacia la Grecia, hacia el Judaísmo, hacia la China ó hacia los bárbaros, el aspecto es el mismo. Por todas partes hay una indiferencia espantosa con respecto á las cosas de Dios; por todas partes hay la más completa ignorancia de su llegada, y nadie sospecha que se halle tan próxima á realizarse tan maravillosa intervención en el mundo. Cada una de las horas de esa noche estaba cargada por los hombres de un enorme fardo de malicia y de pecado. A medida que iban cayendo los granos del reloj de arena, ó las gotas de agua atravesaban el eclipsador, las naciones de la tierra colmaban la medida de la iniquidad, que solo la virtud del corazón de María Inmaculada detiene precipitadamente, porque ha merecido que se anticipe el momento de la Encarnación.

Pero hay en esa escena un rasgo que no debemos omitir, y es el orden y la calma de los elementos y su aspecto, que no ha variado ni un sólo momento. Le convenía á Dios que fuese así. El viento de la noche se elevaba por las colinas como se había elevado siempre: las estrellas aparecían en su respectivo sitio, una detrás de otra, comenzando por las más brillantes, á medida que aumentaba la obscuridad de la noche. El paisaje presentaba su fisonomía habitual en la confusión de la noche tan tranquila y silenciosa. Había en el aspecto de la naturaleza un aire de indiferencia, de egoísmo y de falta de simpatía, poco en armonía con la expectativa de la creación y la venida tan próxima del Criador. Toda la escena parecía indiferente. Parecería que la naturaleza se hacía á un lado, que dejaba pasar á Dios, que no daba señal alguna de obediencia, y que no tenía relación alguna con lo que se estaba cumpliendo: parecería que formaban un mundo aparte, un mundo que no tomaba interés alguno por el mundo de la inteligencia y de la voluntad. Jamás hemos experimentado nada semejante en la vida. Cuando muere un amigo por la noche, hemos abierto la ventana y mirado por defuera en la obscuridad. Nuestro corazón se encontraba oprimido, y parecía que todos los corazones de los hombres se habían concentrado en el nuestro. Nos imaginamos reunir en nosotros mismos y en nuestro dolor todos los intereses del Universo. Nuestras miradas se

dirigen por defuera, hacia la tierra, como si su silencio fuese á responder á lo que experimentamos; por el resplandor de la luna se burla de nuestra aflicción, el viento de la noche deja oír su zumbido que no carece de atractivo, y los pájaros se agitan en las ramas. ¿Quién no los ha visto así á la pálida claridad de la luna? Todo está como de costumbre: los rasgos de la naturaleza no tienen expresión. Evidentemente no hay en ella simpatía alguna por nuestros dolores, nuestros temores, nuestras esperanzas y nuestros pesares. Miramos á la naturaleza, pero su faz muda, pálida, sin respuesta, nos obliga á volvernos hacia Dios; y es una ventura para nosotros el que sea así: mas, sin embargo, eso no sucede sin que experimentemos una especie de estremecimiento que no esperábamos. Hubo un temblor de tierra en el Calvario, pero en la fría noche de Belén todo está tranquilo, indiferente, silencioso, uniforme. La tierra se muestra inanimada, aunque llena de expresión, y esa apatía es penosa de considerar. No es el aspecto de la muerte, porque allí hay una porción de manifestaciones mudas. Es como una figura hermosa privada de inteligencia que la anime; pero dotada de cierto movimiento que aunque como invisible interesa la atención. Para mí, hay algo verdaderamente imponente en la marcha silenciosa de las estrellas por encima de Belén durante esa noche.

Pero volvamos á la Gruta. Si un lugar es consagrado á los ojos de generaciones enteras, por haber sido cuna de un grande hombre, ó porque allí produjo obras inmortales de ingenio, ¿qué diremos del lugar en donde nació el Verbo Encarnado? Seguramente, ese lugar deberá ser objeto de peregrinación hasta el fin de los tiempos. Los que no pueden visitarle corporalmente, deberán al menos hacer la peregrinación y visitarle en espíritu: no sólo satisfacemos una curiosidad devota, no sólo recogeremos nuevo alimento para la meditación, sino que, según nuestra manera habitual de considerar las cosas, aprenderemos mucho acerca de Dios, acerca de su carácter y de sus vías, con ese estudio profundo de la Gruta de Belén. Cuando entramos en su recinto y examinamos con atención su mueblaje, parece que expone á nuestra vista todo el misterio de la Encarnación. Ilumina vastas regiones de la inteligencia de Dios; y nos le descubre en la mezcla de símbolos y de realidades que nos ofrece. Porque, ¿qué es lo que nos revela la linterna roja que el viento hace balancear en las manos de San José? El centro de la Gruta está todavía oculto á nuestras miradas. Es el Verbo hecho carne; el Niño todavía no nacido, á cuyo derredor se han agrupado todas las demás cosas. Es el centro de todos los mundos, en gran parte invisible. Sus mismas criaturas forman un obstáculo que impide verle



en este instante como á su Madre. Sin embargo, de cuando en cuando se muestra, como va á hacerlo á media noche, para permanecer esta vez visible, aunque obscurecido durante treinta y tres años. Pero aun cuando está oculto, es el atractivo, la unidad, la vida, la significación, el reposo sublime de todos los mundos de que es el centro.

En su derredor, como para formar el santuario en que habita, se halla la fuerza y la belleza de la santidad creada, preservando su pureza inefable del contacto y de la proximidad de las criaturas comunes. En medio de la Gruta, María está en oración: á primera vista no se advertía allí nada imponente ni persuasivo en su belleza espiritual. Muchas mujeres de Belén la habían visto abandonar sus puertas al anochecer de aquel día, y no habían observado en ella nada que pudiera excitar su admiración, ni aún su interés. Quizá habían reconocido por algunos detalles de su traje y por el acento de José, que era de Nazareth. Habían podido también considerarla como demasiado joven para un esposo de mucha más edad que ella, y habían podido mirarla un instante con una benevolencia pasajera que la vista de su avanzada preñez debía naturalmente excitar. Pero no hubo más que eso: no las ocurría el pensar en su dignidad inefable. No percibieron la luz del éxtasis casi habitual que brillaba en su mirada. No exhalaba ningún perfume que las hubiera envuelto en una atmósfera celestial.

He ahí, pues, lo que ocupa el centro de la Gruta. La santidad increada y la santidad creada en una sola persona y en dos naturalezas: el Verbo encarnado, el Niño Criador está allí, pero todavía no visible.

En derredor de ese centro, ¿cuál es el mueblaje particular de la Gruta? ¿Quién puede dudar que todo lo que contenía era lo más conveniente, lo más divino, lo más en armonía con el incomparable misterio? Y sin embargo, ¿todo es tan diferente de lo que nos hemos imaginado! En primer lugar están los animales: la burra y el buey. Hay seguramente algo muy tierno en la presencia de aquellos animales inferiores en la natividad del Criador encarnado. En la Encarnación le plugo á Dios descender hasta lo que parece ser el último límite de su condescendencia divina. Ha tomado una naturaleza material humana, que como racional y superior según nuestro modo de concebir, fué muy conveniente en el Verbo al descender de los cielos. Con todo, no olvidó las criaturas inferiores. Los instintos son una especie de comunión con el de su carácter, con frecuencia más directo en la apariencia que la razón misma, y que se aproxima á lo sobrenatural. Hay algo de interesante en la proximidad del reino animal con relación á Dios. Todos los animales inferiores, con sus familias, sus formas, sus colores, su voz, sus

costumbres y sus particularidades, representan ideas de la inteligencia divina, y son manifestaciones parciales de la belleza de Dios, del mismo modo que las hojas de los árboles, el brillo de los metales, el reflejo de la luz en las nubes, los olores multiplicados de los bosques y de los campos, y los variados sonidos de las aguas. Convenía al arte divino, si podemos emplear esta expresión, que las criaturas inferiores estuviesen representadas en el cuadro de la Natividad de su autor. Mientras las ovejas reposaban afuera, en las laderas de las colinas iluminadas por la luna, el buey y la burra se mantenían de pie junto al pesebre, centinelas mudos, llenos de significación, de paciencia y de expresión. Los rebaños de animales reunidos en los muros de Nínive entraron por algo en las razones que determinaron á Dios á perdonar á la ciudad arrepentida. Los animales salvajes del desierto fueron sus compañeros durante su ayuno misterioso, y del mismo modo que todos los animales representan algo bello y sabio en Dios, así también muchas veces se ha designado, en su palabra revelada, emplearlos en el lenguaje simbólico, por medio del cual ha comunicado á los hombres verdades ocultas. En la escena de la Natividad no se encontraban sin tener una significación especial. Nos recuerdan que el Niño de Belén era el criador: su presencia es otra de sus condescendencias. No sólo es rechazado por los hombres, sino que, por decirlo así, tiene que acudir á la hospitalidad de los animales. Comparte con ellos su morada, y están completamente satisfechos. Le acogen con una sumisión modesta, y hacen lo poco que pueden para dulcificar con el calor de su aliento la frialdad de aquella noche de invierno. Si no despliegan ningún aparato para recibirle, no le niegan por lo menos el espacio que pide en su propia tierra: le hacen sitio, y en eso había más respeto y adoración que la que había manifestado Belén.

Consideramos todos estos detalles con otras tantas humillaciones para Nuestro Señor, y tenemos razón. La sociedad de Nuestro Señor con los animales inferiores es una de esas gloriosas humillaciones que han llegado á ser misterios dignos de todo nuestro respeto. ¡Cuánto se humilla Dios, cuánto descende, digámoslo así, para elevarnos á la dignidad de moradores de las altas mansiones de los cielos! Aquel pesebre era el segundo de los objetos materiales que se encontraban en derredor suyo. Pero si era el motivo de una profunda humillación, era también la ocasión de una dulce profecía. Anunciaba las maravillas de su altar; era la figura de su unión más íntima y más prodigiosa con los hombres. Era un símbolo de la abundancia y de la difusión de la gracia: era una sombra profética de su residencia sacra-



mental en medio de los hombres, desde la Ascensión hasta el día del juicio. ¡Santo Dios! Los hijos de los príncipes nacen en estancias adornadas con oro: se les preparan camas hermoeadas con piedras preciosas... ¿Dónde está, pregunta San Bernardo, la corte, dónde el real solio? para este Rey del cielo, pues yo no veo otra cosa que dos animales para hacerle compañía, y un pesebre de bestias en que ha de ser colocado!

Al considerar el nacimiento de Jesucristo y el modo como nació deberíamos abracarnos todos en amor.

La paja forma el colchón y el adorno de su cuna. Los objetos más viles de la creación son bastante buenos para el Criador: hasta manifiesta predilección hacia ellos, el derecho de los hombres; hé ahí la parte de Dios. No porque nosotros se la demos, sino que él la ha escogido, y su elección nos enseña cosas muy extrañas y reviste á la caridad cristiana del carácter que la es propio. Tal es el mueblaje del palacio en donde el Rey de los Reyes pasa los primeros instantes de su vida. La rojiza luz de la linterna de José atraviesa por acá y por allá de una manera muy débil las tinieblas y la obscuridad, y vemos la faz unida de los animales, cuya dulce mirada no carece de expresión en aquella circunstancia solemne, y el grosero pesebre que el uso ha pulimentado y ennegrecido, y la paja esparcida por el suelo y entre los pies de los animales, y hecha menos dura y más suave para formar el lecho del Niño recién nacido. Debemos añadir á esos rasgos la obscuridad, que no es bastante á disipar la linterna de José. La obscuridad de la noche terrestre es el tiempo escogido, preferido por el esplendor increado en el cielo. Es la cortina destinada á ocultarle el velo de su tabernáculo, la cerradura de su santuario. Llegó la primera vez á Nazareth de noche, y á media noche llega hoy á Belén. Si comprendemos bien el sentido de sus palabras, á media noche aparecerá cuando venga á juzgar el mundo. Para él no hay tinieblas; no le hace falta la luz para trabajar, porque ha hecho salir el sol de la nada y le ha revestido con el rico manto de su luz deslumbradora. Ha venido en las tinieblas; era su misión expresa; ha venido cuando las tinieblas eran más profundas, como su gracia lo hace con frecuencia actualmente. La profundidad misma de nuestra propia obscuridad es una especie de atractivo para la inmensidad de su compasión. Esa obscuridad es el cuarto de los objetos materiales que rodean á la Santa Familia. En fin, debemos observar, como el último rasgo de la Gruta, el frío excesivo que reina en ella. Hasta los elementos ocasionarán sufrimientos á su criador, en cuanto haya nacido en su naturaleza creada. El aire que deberá

respirar para vivir, será tan inhospitalario para él como los habitantes de Belén. La noche fría, casi helará la Preciosa Sangre en sus venas. Pero ¿qué es el mundo entero sino un mar glacial, un desierto de hielo que los rayos del sol ártico apenas iluminan con sus débiles reflejos, un ventisquero siempre en movimiento, que se desliza lentamente sobre sus enormes bases, pero cuyo progreso va á parar en una triste desolación espiritual? El Sagrado corazón del Niño de Belén ha venido para ser el vasto foco central del mundo enfriado; librárá á la tierra de las ligaduras de sus largas heladas, suavizará su seno y hará que nazcan en ella flores y frutos. Del mismo modo que ha venido hacia lo que estaba obscuro, así ha venido también hacia lo que estaba frío, y por eso el frío y la obscuridad han sido los primeros en saludarle y acogerle. Los animales, el pesebre, la paja, la obscuridad y el frío, hé ahí los preparativos que Dios había hecho para sí mismo.

Pero esos objetos no son solamente realidades materiales, son también tipos espirituales. Muchas veces la materia ha velado á los ángeles como con una cubierta. En la Gruta de Belén había cinco presencias espirituales, representadas de la manera más conveniente por esos cinco objetos materiales. Eran la pobreza, el abandono, el desprecio ó humillación, el retiro y la mortificación. Esas cinco presencias comenzaron con Jesús en la Gruta y le acompañaron hasta el sepulcro. Son virtudes austeras, tienen el semblante triste, la voz bronca y su compañía es desagradable al hombre carnal. Mas para la vista que la gracia ha purificado son de una belleza encantadora, su grandeza está llena de atractivos y encantos superiores á todo encanto y atractivo terrestres pues son para las almas justas imanes bajados del cielo. La compañía de los animales y el sitio, que por decirlo así, le habían cedido para que pudiese nacer en él, indicaban su excesiva pobreza: el pesebre era la figura de su abandono; ¿podría haber otra más completa? La paja de desecho sobre que estaba tendido y que José había recogido, expresaba bien el menosprecio que los hombres han hecho de él y de su Iglesia, y que harán durante todas las generaciones y hasta su fin. La obscuridad que le rodeaba era el símbolo de sus retiros extraños y multiplicados, en los cuales se complace en ocultarse, como el eclipse del sol sobre el Calvario, ó la delicadeza impenetrable de los velos sacramentales. El frío glacial que hacía tiritar sus delicados miembros y sentir su primer padecimiento, era el digno principio de esa penitencia incesante y de esa mortificación no interrumpida, á la que él, la inocencia y la santidad personificadas, se había sometido para la redención de los hombres culpables. Esas cinco virtudes, la pobreza, el